

El Rey tonto

(Cuento)



Cuentan que en un país muy lejano y hace muchos años había un rey joven y de añadidura tonto. Él decía que en las ciudades y en los pueblos sólo debían de quedar familias jóvenes, capaces de trabajar y darle progreso al país. Por eso ordenó que todas las personas mayores de 60 años fueran llevadas a un asilo que mandó a construir en un lugar retirado.

La noticia llenó de tristeza a Benedicto, pues por esos días su madre había cumplido los 60 años. Pero de ninguna manera estaba dispuesto a llevarla al asilo. Entonces hizo debajo de su casa una cueva muy profunda, la forró en madera para darle el aspecto de un cuarto, puso esteras en el suelo y arregló todo lo mejor

que pudo. Luego le dijo a su madre:

—Debe vivir en ese cuarto. Nunca hable en voz alta porque si el rey o sus soldados se enteran que usted sigue aquí, la van a llevar al asilo.

Tres veces al día iba a llevarle él mismo la comida para que nadie se diera cuenta que ella vivía allí. En la noche, cuando todos se habían acostado, iba al cuartito a conversar con su madre.

En ese tiempo el rey tonto vio amenazado su reino. Su vecino, un rey guerrero, situó las tropas en la frontera y le mandó a decir al rey tonto que iba a invadir sus tierras, pero antes le quería dar una oportunidad. Si el rey tonto podía resolver tres problemas que le iba a enviar, no invadiría sus tierras. Y de una vez le mandó el primer problema, que decía así: ¿Cómo hago para pesar exactamente a un elefante?

En aquel tiempo no había pesas grandes y era prácticamente imposible averiguar el peso de un animal tan enorme. El rey

tonto estaba desesperado y como no sabía qué hacer mandó a poner letreros en todo su reino y ofreció una gran recompensa a quien pudiera resolverlo.

Esa noche, cuando Benedicto fue a hablar con su madre, le contó lo que estaba sucediendo. Al oír el problema, la señora se sonrió y dijo:

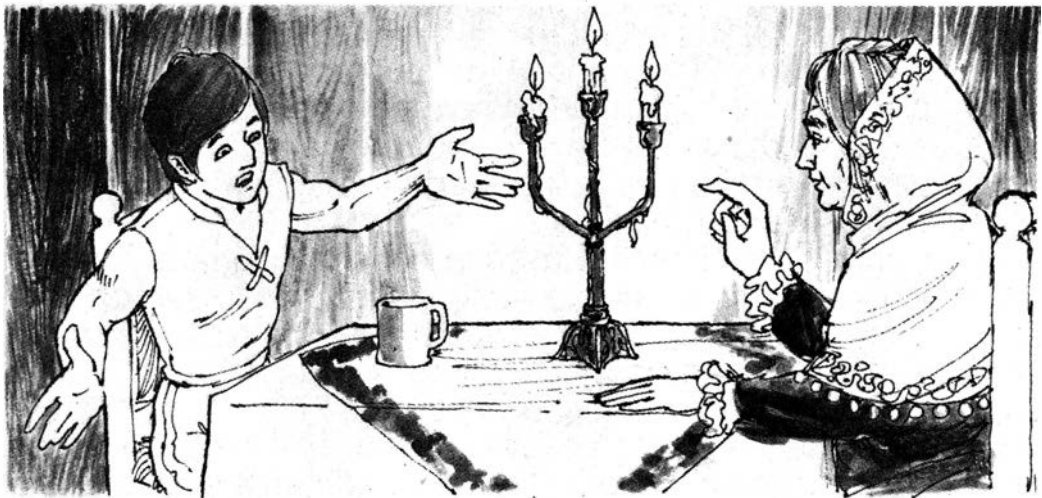
—Eso es fácil. Lo único que se necesita es una lancha grande. Se pone el elefante en la lancha y se marca cuidadosamente cuánto se hundió en el agua. Luego se saca el animal y se le echan piedras a la lancha hasta alcanzar exactamente el mismo nivel, o sea hasta que el agua vuelva a tocar la marca que se hizo. Entonces se pesan las piedras una a una y la suma de todas dará el peso exacto del elefante.

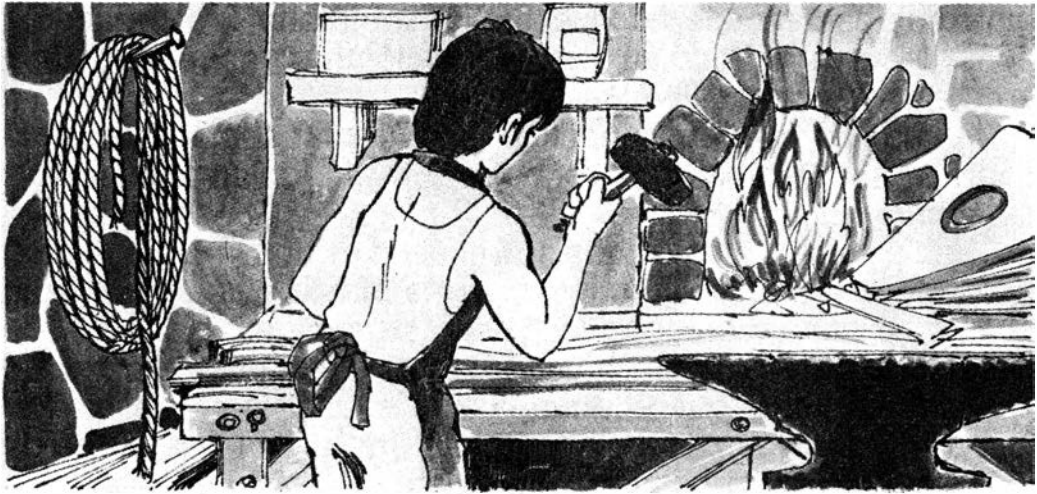
Al día siguiente Benedicto corrió adonde el rey y le contó la manera en que se podía pesar a un elefante. El rey le mandó la respuesta a su vecino, quien se quedó muy extrañado pues todos sabían que el rey era un tonto. Entonces le mandó el segundo problema que decía así: Tienes que enviarme una cuerda de 30 metros de largo hecha de ceniza. Si no me la haces en el término de dos semanas atacaremos tu reino.

Otra vez estuvo el rey muy angustiado. Pensó y pensó toda la noche y el amanecer lo encontró todavía cavilando. Como vio que no podía resolver el problema, volvió a poner letreros en todo su reino y de nuevo ofreció grandes recompensas para aquella persona que lograra resolverlo.

Llegó Benedicto de nuevo donde su madre y le contó lo que decían los letreros. Su madre entonces le dijo:

—Lo vas a hacer de esta manera: primero mides los 30 metros de cuerda. Luego haces un molde de hierro en donde se pueda





meter la cuerda. Mojas la cuerda en agua de sal pero que quede bien empapada y la metes en el molde. Entonces le das fuego hasta que se convierta en cenizas.

Benedicto consiguió la cuerda, hizo el molde y prendió el fuego. Cuando el fuego se apagó y la cuerda se enfrió, la sacó sin dificultad y se la llevó al rey. Este se alegró muchísimo y riendo de alegría le dijo:

—Verdaderamente eres un hombre inteligente. ¿Cómo has podido hacer una cuerda de ceniza? Esto es como un milagro. Cogió la cuerda con sumo cuidado y se la envió a su vecino. Este se extrañó de nuevo de que un rey tan tonto pudiera tener tanto conocimiento. Después de pensarlo mucho le mandó el último problema, que decía así: ¿Cómo se puede pasar un hilo a través del hueco de una rama, si el hueco está tapado por la raíz de un matapalo que cubre la rama?

También esta vez el rey tonto pasó la noche en vela tratando de resolver por sí mismo el problema. De tanto pensar le dio dolor de cabeza y sus servidores tuvieron que envolverla en paños de vinagre y abanicarlo. Al despuntar el día no tuvo más remedio que mandar a poner de nuevo letreros en todo su reino.

Cuando Benedicto vio este tercer letrero ya tenía una secreta esperanza. Al caer la noche fue a visitar a su madre y le pidió consejo. La señora le dijo:

—Eso es algo muy fácil. Hay que conseguir una hormiga y con mucho cuidado amarrarle a una patita un hilo sumamente delgado, de manera que no la vaya a lastimar. Luego se le pone azúcar a la parte del hueco que está tapada por la raíz y por el otro lado se suelta a la hormiga.

Benedicto de inmediato se fue a buscar una hormiga e hizo todo lo que su madre había dicho. Y realmente funcionó. La

hormiga rápidamente cruzó por el hueco, salió por el otro lado y el hilo quedó atravesado. Lleno de alegría se fue adonde el rey a darle la noticia.

El rey corrió para cerciorarse con sus propios ojos. Y al ver que el problema estaba resuelto mandó a cortar la rama y se la envió a su vecino. Este contempló la rama con el hilo atravesado y dijo:

—Verdaderamente no vale la pena atacar al rey tonto. No es tan tonto como dice la gente y nos vamos a exponer a una guerra sangrienta. Entonces le hizo saber que renunciaba a sus pretensiones de terreno y que de nuevo reinaría la paz entre los dos vecinos.

El rey mandó llamar a Benedicto y le dijo:

—Tú solo resolviste los tres problemas y con eso has librado al país de grandes angustias. Yo estoy dispuesto a darte todo lo que me pidas. Me lo puedes decir con toda tranquilidad.

Benedicto le contestó:

—No, mi rey. Si piensa un poco, yo no tengo la sabiduría suficiente para haber resuelto los problemas. Las soluciones no son hijas de mi cabeza. Concédame usted que se le cumplan los deseos a la persona que tuvo tal sabiduría.

—De acuerdo —dijo el rey—, dime quién es y, lo que esa persona me pida, yo se lo daré.

Benedicto le dijo entonces:

—Yo tengo una madre mayor de 60 años y jamás la habría mandado al asilo. Ella ha permanecido conmigo, escondida y viviendo como una taltuza bajo la tierra. Toda la sabiduría que usted cree que yo tengo viene de ella. Tal vez las personas mayores parezcan inútiles, pero tienen la experiencia y la sabiduría que les dan los años. Concédale usted a mi madre lo que ella le pida.

El rey se avergonzó mucho y le pidió a Benedicto que fuera a traer a su madre. Cuando la señora llegó le dijo al rey:

—Lo único que le pido es que nunca más vuelva a ser cruel con una persona mayor. Saque a toda esa gente del asilo y déjelas vivir con sus hijos y sus nietos hasta que la muerte los llame.

Y así lo hizo el rey.

